

Ricardo Fenner Vargas

Balance crítico de la sociología latinoamericana

Si el pensamiento sociológico está condicionado socialmente¹ y, a su vez, condiciona la realidad social, para poder explicar el desarrollo que ha adquirido en Latinoamérica y efectuar un balance acerca de su existencia como sociología, es necesario estudiar las contradicciones de clase que, estructuralmente, caracterizan esas formaciones sociales, tanto en su evolución histórica como en coyunturas determinadas. De esta forma, el estudio de la sociología latinoamericana viene a ser una permanente discusión acerca de su objeto: la sociedad latinoamericana. En otras palabras, el análisis respecto a la forma en que la realidad social o praxis determina la teoría sociológica.

Pero, por otra parte, el quehacer sociológico sobre una realidad social determinada no sólo depende de la *problemática específica* que esa realidad presenta, sino que también, y en gran medida, de todo el *desarrollo de las teorías y los métodos sociológicos* que la sociología, como ciencia, ha desarrollado a lo largo de su historia. [Pues si bien es cierto que la práctica social es la que determina las características que asumen los estudios sobre esa práctica, no lo es menos el hecho de que la realidad es analizada según la *posición teórica de cada investigador*, la cual, a su vez, va a estar determinada por la lucha de clases a nivel ideológico.]

En realidad las características específicas del pensamiento sociológico van a estar determinadas por este doble aspecto de la lucha de clases: la *práctica social* que determina los objetos empíricos más relevantes para los investigadores y la *práctica teórica* que orienta la utilización de determinado pa-

¹ Respecto al tema bastaría con citar algunos trabajos de Marx conocidos suficientemente para repetir aquí (*La ideología alemana* o el Prólogo a *La contribución a la crítica de la economía política*, etcétera), sin embargo nos parece útil destacar los aportes de Karl Korsch, *Karl Marx*, Barcelona, Ed. Ariel, 1975, pp. 19-24. Henri Lefebvre, *Sociología de Marx*, Barcelona, Ed. Península, 1969, pp. 5-23. Max Horkheimer, *Sociología y filosofía*, y Theodor W. Adorno, "Sociología e Investigación Empírica" en *Sociológica*, Madrid, Ed. Taurus (2a. ed.), 1971. Asimismo, Michel Lowy, "Objetividad y Punto de Vista de Clase en las Ciencias Sociales" en *Sobre el método marxista*, México, Ed. Grijalbo, 1973. Todos estos autores han hecho énfasis y creado conciencia, como muchos otros, en el carácter histórico de la sociología.

radigma científico para el análisis de esos objetos. De esta manera la sociología resulta ser esencialmente contradictoria y sus aportes, tanto en la teoría como en las investigaciones empíricas, van a contribuir a mantener el orden social existente o a disolverlo, según la correlación de fuerzas en una coyuntura determinada y la inserción ideológica de los sociólogos en la lucha de clases.

Por lo recientemente expuesto, cualquiera conclusión que formulemos sobre el pensamiento sociológico debe ser hecha, críticamente, a partir de los *efectos prácticos* que produce en la estructura social. Así, el problema de la verificación de una hipótesis científica y, en general, el de la objetividad cambia de sentido respecto a la orientación positivista en ciencias sociales: de *un problema individual* (que depende de las técnicas demostrativas usadas por un investigador) *se transforma en un problema social*; es decir, la objetividad científica depende de la capacidad del pensamiento sociológico para transformar el orden establecido y, por ende, vincularse con las fuerzas sociales en lucha por esa transformación.² De este modo, encontraremos ciencias sociales que coadyuvan al cambio cualitativo de una estructura social y otras destinadas a reproducirla.

Partiendo de las premisas anteriores, intentaremos hacer un balance respecto al desarrollo del quehacer sociológico en Latinoamérica, planteando los problemas principales y contradicciones que, en el plano de la teoría y de la investigación, dificultan a la vez que impulsan su desarrollo. Como se comprenderá, un propósito de esta naturaleza supera las posibilidades de este ensayo, por lo que nos limitaremos a esbozar el camino a seguir.

Desde luego habría que empezar delimitando etapas en el desarrollo del pensamiento sociológico de acuerdo al predominio histórico de determinadas orientaciones teóricas y metodológicas, las cuales, en un momento dominantes, acaparan la atención de los especialistas, para después pasar a segundo término respecto a otras que adquieren primacía. Pero la tarea no puede concluir allí, pues si el pensamiento sociológico está condicionado socialmente, es necesario ubicar rigurosamente las etapas de predominio de una u otra orientación sociológica, en relación a los intereses de clases que tiende a reproducir, lo que implica relacionar la sociología con periodos y coyunturas de la *lucha de clases*.

En forma tentativa, proponemos la siguiente periodización del pensamiento sociológico latinoamericano:

a) La etapa histórica del pensamiento social y del positivismo que, a *grosso modo*, podemos delimitar entre mediados del siglo pasado y las tres primeras décadas del actual;

b) La época de la autodenominada "sociología científica" que predomi-

² Lowy, *op. cit.*, p. 42. Cfr., asimismo, los comentarios de Orlando Fals Borda, "Ciencia y Compromiso", en *Aportes*, núm. 8, París, abril de 1968.

na desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta principios de la década del 60, y

c) La etapa de la teoría de la dependencia (60-70) y la situación actual por la que atraviesa la sociología latinoamericana.

Veremos que detrás de cada uno de estos temas, *preferidos* en cada etapa, hay un paradigma dominante en lucha contra otros, los cuales responden a diferentes ideologías, a la vez que cumplen determinados papeles en la lucha de clases.

De los pensadores sociales al positivismo

Todo el siglo diecinueve está empapado del pensamiento de los pensadores liberales: Alberti, E. Echeverría, Sarmiento, Lastarria, Bilbao, Mora, Miguel Samper, Ponciano Arriaga, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, etcétera, son ejemplos ilustres de escritores que fueron capaces de analizar múltiples problemas de su época, en una búsqueda de identidad propia para sus países y el continente latinoamericano. Su ideología, en la mayoría de los casos, es liberal y se le pueden atribuir a su pensamiento tres características:³ en primer término, tratan de conocer la "realidad social" (cuestión que los vincula al positivismo) de sus países para encontrar una "identidad nacional". En segundo lugar, su preocupación por la forma estética de sus trabajos, un énfasis literario (por la belleza del estilo) que autoriza a calificar sus obras como de literatura social. Por último, hay una preocupación no sólo de lo social sino también de lo filosófico: una mezcla de problemas políticos y sociales de resolución inmediata tratados con los "métodos y el estilo de la filosofía y de la ciencia".⁴

Desde fines del siglo pasado surge el "positivismo" como corriente científica que va a inspirar a las primeras cátedras de sociología que se inauguran en el continente,⁵ la cual ya estaba presente en muchos de los pensadores sociales. Según Germani, "al alcanzarse el primer cuarto de siglo la enseñanza universitaria de la sociología se hallaba prácticamente en todos los países y en varios de ellos se contaba con cierto número de cátedras en las diferentes universidades y facultades de cada país".⁶ Sin embargo, todavía las cátedras se impartían en las Facultades de Derecho o de Filosofía por filósofos o abogados; además, "si no había especialización en la cátedra tampoco la había en cuanto a publicaciones: los mismos autores escriben obras de sociología, filosofía, derecho o historia".⁷

³ Seguimos aquí a Gino Germani, *La sociología en la América Latina: problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 19.

⁴ *Op. cit.*, p. 20.

⁵ *Idem*, p. 23.

⁶ *Idem*.

⁷ *Idem*, p. 27.

Antes de los años 30, las ciencias sociales se caracterizan por una pugna en el terreno filosófico entre los "positivistas" y "antipositivistas" (entre los cuales se encuentran cristianos, bergsonianos, etcétera; en México, por ejemplo, ya en 1904 surge un movimiento "antipositivista" encabezado por Antonio Caso.⁸ El positivismo comtiano y el bergsonismo se disputan el carácter científico de su interpretación de las ciencias. En Argentina, el positivismo se mezcla con el marxismo (Justo e Ingenieros) y se forma el primer partido socialista del continente, al estilo de la socialdemocracia europea.⁹

A pesar de que el paradigma positivista surge a fines del siglo pasado y se consolida como "la verdad científica" a principios del actual, no se puede dejar de olvidar que *todavía sigue vigente* en la práctica científica social contemporánea, mediante la variante empirista y estructural funcionalista que se atribuye el carácter de "sociología científica". En realidad, este "neopositivismo" que se implanta en Latinoamérica, exportado de Estados Unidos y Europa, posee características de efectos conservadores sobre la práctica social, hecho, por lo demás, suficientemente analizado y demostrado.¹⁰ Si el positivismo de principios de siglo es combatido por el conservadurismo tradicional cristiano, al neopositivismo, en cambio, se le van a oponer, en primer lugar, la *versión marxista para el tercer mundo* de la Tercera Internacional y, en segundo término, la *"teoría de la dependencia"*.

La "sociología científica" y la concepción marxista para América Latina

Uno de los hechos históricos más importantes para el futuro latinoamericano, fue la crisis general del capitalismo ocurrida a partir de 1929 y que se extiende hasta 1936¹¹ afectando, no sólo el desarrollo económico de la región, sino también la estructura de clases de la sociedad latinoamericana y de paso el pensamiento económico-social. En efecto, la conciencia que se despierta en el mundo capitalista de la futilidad de todas las teorías económicas clásicas para resolver la crisis, hace que se restructure todo el arsenal teórico-económico de la burguesía, surgiendo el keynesianismo. En Latinoamérica aparece también la "necesidad del desarrollo económico" para paliar la debilidad de nuestras economías ante la crisis de los mercados internacionales.

⁸ Véase Ignacio Sotelo, *Sociología de América Latina*, Madrid, ed. Tecnós, 1972, p. 18.

⁹ *Idem*.

¹⁰ Para una crítica al estructural-funcionalismo, véase Paul Oquist y Oscar Oszlak, "Estructural-Funcionalismo: un Análisis Crítico de su Estructura" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 3, Buenos Aires, septiembre y diciembre de 1970. Asimismo, José Nun, "Los Paradigmas de la Ciencia Política: Un Intento de Conceptualización" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 2, Buenos Aires, 1966.

¹¹ Para los efectos de la crisis sobre la economía latinoamericana, véase Sunkel y Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del subdesarrollo*, México, Siglo XXI (4a. edición), 1973, p. 346 y ss.

A fines de la década del 40 se crea la CEPAL y se empieza a difundir toda una ideología del "desarrollismo" que calzaba como anillo al dedo a los intereses de una clase social encargada de llevar adelante el proceso de desarrollo industrial, la cual, hasta antes de la década del 30, no aparecía como hegemónica en el seno del bloque de clases dominantes, pero que ahora pasaba a tener un papel importante en el proceso de "modernización". Nos referimos a la burguesía industrial.

Pero para lograr un proceso sostenido de "desarrollo económico" al estilo de los países industrializados no solamente es necesario "reformular" la estructura económica mediante la ayuda crediticia y la labor "desinteresada" del Estado en la actividad económica, sino que también es necesaria la "secularización" de toda la sociedad. Es entonces cuando aparece en escena la figura del sociólogo, el cual, arrogantemente, declara que su actividad es hacer "sociología científica".¹²

¿Cuáles son las bases paradigmáticas de la autodenominada "sociología científica"? En primer lugar es necesario decir que, copiando textualmente a los sociólogos norteamericanos y europeos y orientada al funcionalismo y al empirismo, va a proclamar que rechaza todo planteamiento que no se apoye en una base empírica verificable mediante rigurosos procedimientos matemático-estadísticos. Por ende, nunca hará generalizaciones sin agotar en trabajo de campo todo tipo de evidencia empírica necesaria para cualquier conclusión. De este modo, resulta una actividad "científica" que restringe su campo de observación de la realidad a pequeñas entidades, donde podrá desarrollar todo su "purismo metodológico", despreciando cualquier teoría general de la sociedad como "filosófica" o "no científica". A lo más que se puede llegar es a la formulación de "teorías de alcance medio",¹³ según la denominación tan difundida de Merton. Se trata de una microsociología que, al no plantearse la problemática social como un todo, implícitamente renuncia a la posibilidad de renovación y de cambio, sirviendo así a los intereses de una burguesía capitalista internacional que ya *realizó su sociedad* y que no le interesa el cambio sino conservar el orden social establecido por ella misma.

Sin embargo, los mismos portavoces de la "objetividad" a ultranza en ciencias sociales, de la pureza científica y del rechazo a toda ideología, a toda filosofía, aparecen planteando el "cambio" de valores, conocimientos, aptitudes psicológicas, patrones y pautas de comportamiento (lo que ellos llaman estructura social) como requisito indispensable para el tránsito de la "sociedad tradicional" a la "moderna".¹⁴ Esta "sociedad moderna" es la ca-

¹² La mejor explicación de lo que debe entenderse por "sociología científica" es la de Gino Germani en su libro *La sociología científica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2a. ed., 1962.

¹³ Cfr. Robert Merton, *Teorías y estructuras sociales*, México, FCE (tercera reimpresión de la 2a. ed.), 1972, p. 15 y s.

¹⁴ Para el concepto de "sociedad tradicional" y "sociedad moderna", véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Ed. Paidós (4a. ed.), 1971, p. 89 y s.

pitalista europea y la norteamericana, cuyas estructuras son suficientemente flexibles (funcionales) para responder a las demandas del proceso permanente de modernización y, por lo tanto, dan garantías de "integridad" y "equilibrio" social. Sin plantearnos aquí el problema de si las sociedades desarrolladas y modernas son efectivamente "integradas" y "equilibradas" (por lo demás, basta leer en la prensa las noticias diarias, que provienen de las sociedades "modernas", para advertir que la tal integridad y estabilidad son un mito), surgen inmediatamente dos contradicciones inherentes a la sociología científica. La primera de ellas, a modo de pregunta, se puede formular así: ¿Cómo se puede defender la tesis de una sociología científica, y, por ende, *universal*, siendo que se trata de una sociología que surge con base en la realidad de los países altamente industrializados? ¿Y cómo se pretende estudiar la realidad latinoamericana que se reconoce distinta (en proceso de tránsito de la tradicionalidad a la modernidad), con esta metodología propia del capitalismo "moderno"? Ante estas preguntas, un "sociólogo científico" respondería escandalizado que la ciencia, por el solo hecho de ser tal, no responde a determinados sistemas económico-sociales, ni menos a intereses de clase y que, por lo tanto, se puede aplicar al estudio de la realidad en todo tiempo y lugar. ¿Pero acaso, la "sociología científica" no representa, también, una postura ideológica y esa ideología intereses históricos de la burguesía? Evidentemente que sí, y he aquí la segunda contradicción de la sociología científica, pues mientras se declara pomposamente libre de todo tipo de ideologías y filosofías, subrepticamente, de contrabando, reproduce una visión del mundo: la de una burguesía que estima que el desarrollo del capitalismo en Occidente es un proceso que *obligatoriamente* deberá seguir el resto del mundo. De esta forma el capitalismo (sociedad moderna desarrollada) es la sociedad "democrática" del futuro a la cual tienden los países *subdesarrollados*; cualquier desviación de este proceso de transición es atribuida a la voluntad maligna del "comunismo internacional". Se postula que los países atrasados deben cumplir las etapas por las que atravesaron los países capitalistas que primero se convirtieron en tales y para ayudarlos en esa "tarea" se requiere la presencia, en los países del "tercer mundo", de toda una ideología que postule la inevitabilidad de esa transición al capitalismo; y si se puede hacer aparecer esa ideología disfrazada de "sociología científica", al margen de toda filosofía, mejor aún, pues más fácilmente queda oculto su carácter ideológico: *reproductor de las relaciones de producción capitalistas a nivel mundial*. Ése es el papel contrarrevolucionario que en América Latina ha jugado la "sociología científica", pues al plantear el dualismo: sociedad tradicional-sociedad moderna y tratar de encajar a la sociedad latinoamericana en un proceso intermedio de desarrollo entre estos dos polos, intentó ponerle una sola meta al proceso histórico latinoamericano, el capitalismo.

A pesar de que la "sociología científica" ha sido combatida hasta la saciedad y de que muchos investigadores se sienten incómodos cuando alguien

los califica de "funcionalistas" o "desarrollistas", no se puede desconocer el hecho de que en muchas universidades, tanto a nivel de la enseñanza como de la investigación, este paradigma sociológico sigue siendo el dominante y tampoco se puede olvidar que todavía a fines de la década del 60 era defendido a brazo partido en eventos científico-sociales.¹⁵ Su descrédito actual proviene del fracaso de las políticas "modernistas" y "desarrollistas" del capitalismo latinoamericano, abandonadas en varios países, para optar por regímenes militares opresivos, los cuales, muchas veces, han atentado contra las ciencias sociales, cerrando las facultades y escuelas donde se impartían (los casos más recientes son el de Chile y Bolivia).

En los mismos años en que florecía la "sociología científica", una peculiar interpretación "marxista" sobre los modos de producción latinoamericanos campeaba entre las fuerzas de izquierda, particularmente en los partidos adscritos a la Tercera Internacional. Allí se postulaba la existencia de un modo de producción feudal, en casi todos los países latinoamericanos, sobre todo en el agro, al cual se le contraponía un modo de producción capitalista insuficientemente desarrollado. De esta tesis se desprendía la necesidad, para las fuerzas revolucionarias, del desarrollo del capitalismo en Latinoamérica, como una *primera etapa del proceso revolucionario*, y una vez que este modo de producción estuviera consolidado en la sociedad latinoamericana, iniciar la lucha por el socialismo, *segunda etapa* de la revolución.¹

La teoría de la existencia del "feudalismo" en oposición al capitalismo latinoamericano, en realidad, no fue elaborada con base en un estudio concreto de la sociedad latinoamericana, sino que era la tesis política de la Tercera Internacional para todos los Partidos Comunistas, establecida en el VII Congreso del Komintern (1929),¹⁶ es decir, la política de los frentes populares. Como se sabe, los frentes populares plantean una alianza de clases, con participación de la burguesía industrial, a la cual se les asigna el carácter de "burguesía nacional" con intereses contradictorios a los de la oligarquía (clase que vendría a representar a la minoría aristocrática y terrateniente).

Respecto a esta interpretación de la realidad social latinoamericana he-

¹⁵ En algunos casos la forma de defensa era atacando al marxismo, por ejemplo, préstese atención a estas frases escritas por J. F. Marsal: "Finalmente, como en toda esquematización conceptual, no queda clara la ubicación de políticas que como la teoría marxista, engloban una perspectiva científica. Sin embargo, este problema no ha dejado hasta ahora de ser meramente académico, pues no ha habido ningún esfuerzo serio por derivar una política científica del marxismo doctrinal" (se refiere a la ciencia política). Ponencia presentada a la Tercera Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, titulada "Sobre la Investigación Social Institucional en las Actuales Circunstancias de América Latina", publicada en *Ciencias sociales, ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, ed. Tiempo Contemporáneo, 2a. ed., 1974.

¹⁶ Cfr. la caracterización que hace Nicos Poulantzas de los distintos Congresos del Komintern, a propósito del fascismo, en su libro *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1971, pp. 31-51.

cha por la izquierda tradicional y suficientemente criticada desde fuera de los partidos comunistas,¹⁷ haremos dos comentarios:

En primer lugar, el dualismo feudalismo-capitalismo se asemeja bastante al otro de la sociología científica: "sociedad tradicional-sociedad moderna" y ambos, explícitamente, tenían un solo objetivo político, *el desarrollo del capitalismo en Latinoamérica*. De esta manera, los representantes teóricos de dos sociologías que diferían absolutamente en cuanto a concepción sociológica y a métodos se refiere, estaban de acuerdo estratégicamente. Tal coincidencia, no dejaría de ser sólo eso, una simple coincidencia, si efectivamente hubiera existido una estructura económica feudal con las características relevantes que se le atribuían; pero en la realidad, si bien no es posible desconocer en algunas regiones del agro latinoamericano, la presencia de relaciones de producción con rasgos marcadamente feudales¹⁸ en pleno siglo veinte, no se puede inferir de allí que el principal obstáculo para la revolución socialista sean esas relaciones, olvidándose que las relaciones de producción dominantes en Latinoamérica son *capitalistas* y, por ende, el principal enemigo de las clases populares es la burguesía. Y no importa que en ésta no sea hegemónica la fracción industrial, sino la comercial-financiera y la agraria, como ocurría en las tres primeras décadas de este siglo. Claro que tampoco se puede negar absolutamente la existencia de relaciones de producción feudales, como hace Gunder Frank, y atribuirle al capitalismo una antigüedad desde la llegada de los españoles y, además, con una capacidad de absorber todas las otras formas sociales de producción suficiente para no dejar rastros de ellas. La verdad es que la polémica sobre la existencia o no del modo de producción feudal ha sido llevada a extremos tan absolutos que ha contribuido a confundir los términos del problema y revela, hasta qué punto, lo necesarios que son estudios concretos sobre la estructura productiva y social en las formaciones latinoamericanas.

En todo caso, las tesis del *dualismo estructural* que hicieron presa del marxismo, al igual que de los sociólogos funcionalistas, revelan una tendencia común de la sociología latinoamericana y que es, evidentemente, consecuencia de la ideología burguesa imperante; me refiero a que buscan, casi siempre, la explicación de las estructuras y los procesos sociales de Latinoamérica en las formas que adoptó y adopta la historia europea. Así, la frase de Marx:

¹⁷ Véanse las críticas de Gunder Frank en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Argentina, Siglo XXI, 1974, sobre todo en su artículo "El Desarrollo del Subdesarrollo del Capitalismo en Chile", pp. 15-123; también las de Regis Debray en su ensayo "América Latina: Algunos Problemas de Estrategia Revolucionaria", en *Ensayos sobre América Latina*, México, ERA, 1971.

¹⁸ Respecto a la existencia de otros modos de producción en Latinoamérica, véase el artículo de E. Laclau, "Feudalismo y Capitalismo en América Latina" y los de Ciro Flamarión Santana Cardoso, en *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 40, Buenos Aires, 1973; como asimismo, A. Cueva: "El Uso del Concepto de Modo de Producción en América Latina", en *Historia y Sociedad*, núm. 5, México, 1975.

“los países industrialmente más desarrollados no hacen otra cosa que colocar frente a los países menos avanzados el espejo de su propio futuro”,¹⁹ cobra plena vigencia: si en Europa el capitalismo había surgido del seno del feudalismo, había que crear un feudalismo dominante en Latinoamérica para que se desarrollara el capitalismo y desde allí, y sólo entonces, iniciar la lucha frontal por el socialismo.

En segundo lugar, de esta concepción *dualista* del proceso histórico latinoamericano por parte de la izquierda, surgió una estrategia de alianzas de clases que fructificó en los gobiernos “populistas” y “nacionalistas”²⁰ que conoció América Latina entre 1930 y 1960; los cuales, en su gran mayoría, fueron derribados por golpes militares (como fue el caso de Getulio Vargas y João Goulart en Brasil, Rómulo Betancourt en Venezuela, Paz Estenssoro en Bolivia, Perón en Argentina, etcétera). Sin embargo, no se puede desconocer que estas alianzas populistas (conformadas por la burguesía industrial, clase obrera, campesinos y, en general, por lo que se ha llamado “clases medias”) significaron una posibilidad de emergencia de los sectores populares en la vida política de estos países (aunque sus efectos fueran paliados por el burocratismo sindical y por lo que Lenin llamaba “cretinismo parlamentario” de sus dirigentes de partido), sea mediante la sindicalización y/o el crecimiento de los partidos políticos que expresaban estas alianzas. En todo caso, los partidos marxistas no fueron capaces de comprender que, a medida que se desarrollaban los movimientos populares, la burguesía industrial (la cual ejercía hegemonía en la alianza popular) pasaba a ser una fracción de clase dominante (beneficiándose con la ayuda extranjera y aliándose con el capital norteamericano) y, por ende, llegaría un momento en que tendría que romper con sus aliados populares, sobre todo cuando éstos elevaran sus demandas económicas y políticas hasta poner en peligro la estabilidad burguesa en su conjunto.

De tal manera, la naturaleza de las alianzas populares era eminentemente táctica, como lo entendió la burguesía que no trepidó en romperlas, incitando el golpe militar, cuando éstas eran un estorbo a sus intereses de clase dominante. En cambio, los partidos marxistas concibieron la alianza, con lo que ellos llamaban “burguesía nacional” (pero que, en el fondo, no era sino una burguesía industrial en ascenso), como estratégica, no comprendiendo que la fragilidad de la alianza era a todas luces evidente. De esta forma, se vieron arrastrados por la caída de los gobiernos populares, una vez que la burguesía dejó de apoyarlos, tildándolos de comunistas so pretexto de su derrocamiento, para después descargar todo su aparato represivo contra los cuadros políticos

¹⁹ Citado por F. C. Weffort, en “Notas Sobre la Teoría de la Dependencia”, publicado por la *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, núm. 3, Santiago de Chile, diciembre de 1970.

²⁰ Para el problema del populismo y el nacionalismo, *cfr.* O. Ianni, “Populismo y Relaciones de Clase” en *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, ERA, 1973.

de izquierda. Así, una apreciación errónea sobre la estructura social latinoamericana tiene consecuencias prácticas negativas en la lucha de clases.

La crítica a la teoría de la dependencia

En los primeros años de la década del sesenta surge toda una corriente de interpretación sociológica que se ha denominado teoría de la dependencia, la cual rechaza la interpretación histórica sobre Latinoamérica dada por la "sociología científica" e impugna la concepción del marxismo tradicional. En el fondo, se trataba de una reacción y un intento de rectificación de las *tesis equivocadas del dualismo estructural* las que, como ya vimos, influían en el pensamiento sociológico burgués y marxista, objetivo que evidentemente la teoría de la dependencia logró, constituyendo un aporte valiosísimo al desarrollo sociológico latinoamericano. Sin embargo, no por eso sea menos criticable en algunos de sus aspectos negativos para la cabal comprensión de la estructura de la lucha de clases en Latinoamérica.²¹

Los orígenes de la teoría de la dependencia se remontan a fines de la década del 40 y fue formulada por primera vez en Latinoamérica por el economista argentino Raúl Prebisch²² en el seno de la recién fundada Comisión Económica para América Latina (CEPAL), perteneciente a la ONU. Posteriormente, a comienzos de la década del 60, la problemática de la dependencia va a revestirse de un ropaje marxista en teóricos como Cardoso y Faletto, Gunder Frank, Teotonio Dos Santos, Mauro Marini y otros. Aunque es necesario establecer las diferencias de enfoque conceptual e incluso ideológico entre los numerosos autores que trabajan el tema y, sobre todo, entre la concepción de la CEPAL y los autores emparentados con el marxismo, se pueden establecer en todos ellos ciertos supuestos teóricos comunes. El principal es la postulación de que el subdesarrollo latinoamericano es producto de las relaciones de dependencia, que a su vez son producto del intercambio desigual (realizado a través del mercado mundial) entre las economías más desarrolladas ("centrales") y las subdesarrolladas ("periféricas"). Lo cual, siendo cierto, equivale a decir que la existencia de países débiles o más atrasados es producto de la existencia de los más fuertes, ante los cuales sufren dependencia, cuestión indiscutible, pero que no deja de ser una tautología. Lo que hay efectivamente que explicarse, son las *causas históricas y estructurales* que determinan que una formación social (o una región geográfica de ella) sea dependiente de otra, y no explicarse el atraso

²¹ La primera crítica seria a la teoría de la dependencia fue la de Weffort, *op. cit.*, posteriormente siguieron otras, entre las cuales y la más reciente es la de A. Cueva: "Problemas y Perspectivas de la Teoría de la Dependencia", en *Historia y Sociedad*, núm. 3, México, 1974.

²² Véase R. Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, FCE, México, 1963.

de la primera en función de la dependencia que sufre respecto a la segunda. Se trata, entonces, de establecer las condiciones estructurales de las formaciones sociales latinoamericanas que determinaron la *forma concreta* que adoptó la dependencia en cada uno de nuestros países. O en otras palabras, averiguar qué correlación de fuerzas en la lucha de clases de cada formación social, producto de una combinatoria específica de modos de producción, determinó que ciertas clases dominantes, y *no otras*, se aliaran en forma dependiente a las fuerzas imperialistas extranjeras. Cuestión que, por ahora, sigue estando sin respuesta a pesar de los esfuerzos que se han hecho en el estudio de coyunturas, como las crisis políticas, el proceso de industrialización de los años 30 y otras.

Por otra parte, autores como Gunder Frank y Stavenhagen²³ niegan la existencia de estructuras independientes y opuestas entre sí y, por el contrario, postulan la necesaria vinculación y funcionabilidad de las zonas más atrasadas respecto a las modernas o industrializadas; crítica que, a nuestro juicio, constituye una favorable reacción respecto a las ideologías del dualismo estructural. Sin embargo, la solución interpretativa de la realidad que proponen tampoco nos parece correcta, pues si bien se reacciona frente al dualismo sociedad moderna o capitalista-sociedad tradicional o feudal, se afirma la existencia de una *sola estructura capitalista* con un desarrollo desigual. De tal manera, las zonas más desarrolladas de la misma se explican por la "explotación" a que someten a las de menor desarrollo. Del dualismo estructural pasamos a un *monismo estructural*, tesis que no permite la utilización de importantes categorías del marxismo-leninismo, como la de *formación económica social* (que se confunde con la de modo de producción) y, sobre todo, del significado correcto del término *explotación*.

En efecto, la incorrecta utilización del concepto de explotación queda de manifiesto cuando González Casanova²⁴ y Stavenhagen explican lo que para ellos es "el colonialismo interno", que para nosotros no constituye más que la aplicación de los principios teóricos de la dependencia en el *Estudio de la realidad interna de nuestros países*. En esta explicación, ambos autores se refieren a las *relaciones de explotación* de una zona geográfica por otra: colonizadora y colonizada, entre las cuales habría diferencias raciales (indígenas explotados por mestizos). Pero en rigor, no puede haber relaciones de explotación entre poblaciones o zonas geográficas, por muchas diferencias étni-

²³ Véase A. Gunder Frank *op. cit.* Respecto a Stavenhagen, si bien no se refiere expresamente a la dependencia, sus tesis sobre "el colonialismo interno" lo ubican en una posición crítica al dualismo estructural y muy cercana, como lo veremos, a las tesis dependencistas, *cfr.* "Siete Tesis Equivocadas sobre América Latina", en *Sociología y subdesarrollo*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1972.

²⁴ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, ed. ERA (varias ediciones) y *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 3a. ed., donde al colonialismo interno se le dedica un artículo titulado precisamente así ("el colonialismo interno").

cas que existan entre ellas, lo que puede existir entre ambas es *intercambio desigual*, que no es lo mismo; los mecanismos de explotación se dan entre *clases sociales* y lo que ocurre, a veces, es que esa explotación se ve favorecida por las diferencias raciales, pero jamás éstas constituyen el origen de la explotación. Bajo esta perspectiva se debe hacer énfasis que tanto la zona colonizadora como la colonizada están socialmente compuestas por clases sociales y, por ende, la explotación, proceso de extracción de plusvalía durante la jornada de trabajo, se realiza al interior de ambas zonas por medio de la lucha de clases.

De esta manera, resulta que la teoría de la dependencia y del "colonialismo interno" al explicarse el subdesarrollo en base a la explotación de un espacio económico respecto a otro, escamotean el problema de las relaciones de clase, sobre todo, la lucha de clases al interior de la formación que ejerce la dependencia y la dependiente. Por eso se ha dicho, con razón, que la problemática de la dependencia refiere más a una ideología nacional que a una teoría de clases,²⁵ en la medida que la formación afectada por la dependencia aparece como una totalidad indiferenciada, escabulléndose el problema de las contradicciones de clase al interior de esa estructura dependiente. Lo que hay que distinguir, entonces, son las relaciones específicas y contradictorias entre las clases, al interior de una formación social dependiente para examinar *cuál es (y el porqué de)* la vinculación entre la clase dominante de esa formación con la clase o fracciones de clase dominantes a nivel internacional, pues la dependencia es posible en la medida que existe una clase que ejerce la dominación interna y, en cuanto clase dominante, se reproduce mediante la *explotación de las clases dominadas*; es decir, el imperialismo actúa por y a través de las clases explotadoras.

Desde luego que lo expuesto no invalida la contribución que autores influenciados por el enfoque dependentista han hecho a las ciencias sociales e, incluso, a la causa de la revolución; por ejemplo, el estudio de la temática del imperialismo y la penetración de sus capitales en las economías latinoamericanas es un aporte indiscutible, de igual modo, la insistencia en el carácter socialista de la revolución latinoamericana, por parte de muchos estudiosos, ha contribuido a aclarar posiciones en el seno de la intelectualidad marxista.

El momento actual

El breve esbozo crítico que hemos hecho de la sociología en Latinoamérica, nos servirá para evaluar su situación actual y referirnos a sus tendencias presentes y futuras. Respecto a la situación por la que atraviesa actual-

²⁵ Weffort, *op. cit.*

mente, no es aventurado decir que en gran parte se nota la preocupación por la crítica de su pasado inmediato.

Si la década del 60 fue de crítica a la "sociología científica" y al marxismo ortodoxo, ésta parece ser la de la crítica a la teoría de la dependencia. Ya el último Congreso Latinoamericano de Sociología marcó la pauta al presentarse un grupo bastante numeroso de ponencias sobre el tema. Asimismo se nota la preocupación por parte de algunos de los más destacados teóricos de la dependencia de tratar de analizar el fenómeno dependiente a partir de las características específicas de las formaciones sociales latinoamericanas, para que ésta no pase a ser la causa de los problemas estructurales sino su consecuencia; éste es el caso, por ejemplo, de Aníbal Quijano,²⁶ el cual abandona la problemática de la dependencia para reemplazarla por categorías rigurosamente marxistas.

Por otra parte, como consecuencia de la agudización de la lucha de clases en todo el continente, hay una preocupación de explicarse ésta en base al estudio de la realidad social latinoamericana, lo que significa que junto a la teoría de la dependencia comienza a batirse en retirada "la sociología científica", para recluirse en centros de investigaciones privados y universidades particulares, y, al mismo tiempo, el materialismo histórico, como metodología válida para el estudio de la realidad, gana cada día más adeptos.

Sin embargo, el marxismo-leninismo debe superar un desafío histórico si quiere abordar con éxito la comprensión de nuestra realidad capitalista. Éste no es otro que la búsqueda de una explicación histórica general acerca de las características estructurales de las formaciones sociales latinoamericanas, la cual, partiendo de las premisas conceptuales del materialismo histórico, sea capaz de establecer una *periodización* de nuestra historia en base a los cambios cualitativos que se generan en las estructuras de nuestras formaciones sociales. En otras palabras, se trata de establecer una periodización acorde a las *características específicas de los modos de producción y la combinatoria*, también específica, de los mismos en cada formación social. De esta forma, cada periodo histórico, en la medida que acusará los cambios de estructura marcará, asimismo, distintas características de la lucha de clases.

Para esta tarea ya existe un cúmulo de investigaciones, por países, más que suficiente para ir echando las bases, mediante la recopilación de información y clasificación temática, de la *historia marxista de América Latina*. Este esfuerzo (que necesariamente deberá ser una tarea en equipo) en la búsqueda de las tendencias estructurales comunes, no puede negar la especificidad de cada región y menos las peculiaridades sociales de las formaciones, por el contrario, determinará sus contrastes y contradicciones. En este sentido y en relación a las características estructurales latinoamericanas,

²⁶ Véase A. Quijano, "Imperialismo, Clases Sociales y Estado en el Perú", seminario sobre clases sociales y crisis política en América Latina, Oaxaca, México, IIS, UNAM, junio de 1973.

las investigaciones realizadas sobre sociología rural, movimiento obrero, marginalización, etcétera, han demostrado que, indudablemente, existe una problemática común a partir del Río Grande hacia el sur, a pesar de las características particulares que adopta en cada país.

Hasta ahora, la periodización histórica de América Latina que parece más acertada es la elaborada en el seno de la CEPAL por Sunkel y Paz en el libro *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*; sin embargo, está basada en los postulados de la teoría de la dependencia y, por tanto, los periodos históricos están fijados en base a la repercusión mundial que tienen en nuestro continente los acontecimientos y las contradicciones ocurridas en los "centros" dominantes del sistema capitalista. De esta forma, la historia de América Latina vendría a ser un mero reflejo o repercusión en la "periferia" (casi siempre negativo) de la historia europea o norteamericana. Sin desconocer la incidencia estructural de las contradicciones del sistema capitalista mundial en Latinoamérica, en la misma medida que somos parte de ese sistema, queremos señalar que hace falta estudiar las causas *estructurales internas* a las formaciones latinoamericanas que permiten esa inserción dependiente en el sistema mundial, la cual está determinada por los modos de producción y la lucha de clases. La dependencia aparece desde este punto de vista como un fenómeno secundario frente a las contradicciones internas de nuestras formaciones sociales. Una periodización marxista, por el contrario, daría un sentido real a la dependencia, a partir de su relación necesaria con las características específicas de la estructura social latinoamericana.

Por otra parte, para la izquierda marxista, la necesidad de contar con esquemas históricos-estructurales es *perentoria*, ante la agudización de la lucha de clases y la propagación de formas de dominación burguesas basadas en Estados de excepción (gobiernos militares), que requieren respuestas políticas adecuadas a las nuevas circunstancias, tanto estratégicas como tácticas. Esta situación y el afán de los partidos de izquierda de analizar nuestra historia en base a los acontecimientos europeos, hace que los intelectuales marxistas busquen hoy, apriorísticamente, en los gobiernos militares movimientos fascistas ante los cuales se barajan, mecánicamente, formas de lucha basadas en los fenecidos frentes antifascistas de Europa, los cuales, por lo demás, ya tuvieron su vigencia en los años 30. No es éste el momento para pronunciarnos sobre la existencia o no de los "fascismos", ni tampoco de la viabilidad política de los "frentes antifascistas", ni menos ponemos en duda la urgencia de analizar las formas de dominación burguesas basadas en las dictaduras militares. Lo que sí reclamamos es la relación necesaria entre esos estudios y las condiciones estructurales de las formaciones sociales donde se presenta el fenómeno militar. Al mismo tiempo, las estrategias y formas de lucha deben establecerse en base a estos estudios y no en la copia mecánica de situaciones del pasado. El mecanicismo es uno de los peores enemigos del

proletariado y, por su causa, la izquierda y las fuerzas populares han sufrido descabros históricos. Ahora es el momento para la discusión y el análisis tanto en el seno de los partidos de la clase obrera como entre los intelectuales comprometidos con el proceso revolucionario continental.